



(<https://focusonthe kingdom.org/>)

Vida Después de La Muerte: ¿Resurrección o Estado Intermedio?

Título Original (En inglés)
“*Life After Death: Resurrection or the
Intermediate State?*”

por *Anthony F. Buzzard*

(Publicado en “*A Journal from the Radical Reformation*” (Un Diario de la Reforma Radical), otoño de 1992, Vol. 2, No. 1)

Traducción (Translation):
por Fernando Coutinho Sánchez
(ferjoscousan@gmail.com)
Osorno – Machalí, Chile, agosto de 2024

Todas las citas Bíblicas de este estudio son tomadas de la versión española de Casiodoro de Reina con revisión de Cipriano de Valera, 1960. (VRV60). A menos que se indique lo contrario.

Todas las inserciones explicativas del autor dentro de un versículo de las Escrituras están entre
[CORCHETES].

Todo griego, hebreo, las palabras arameas o de otro idioma diferente, está en **CURSIVA** y / o transliteradas al español.



La destrucción de las ilusiones es sin duda un proceso doloroso; sin embargo, si esto condujera a una profundización de nuestra comprensión del mensaje apostólico del Nuevo Testamento, la angustia será más que compensada por la alegría por el nuevo descubrimiento. Se invita al lector a examinar más de cerca la opinión casi universalmente aceptada de que la muerte para los fieles significa una presencia inmediata con Cristo en un reino más allá de los cielos. Por supuesto, el Nuevo Testamento se ocupa en todas partes de la vida más allá de la tumba. Sin embargo, surge una pregunta importante: hasta qué punto nuestras apreciadas nociones tradicionales sobre la partida al cielo al morir están en consonancia con la visión neotestamentaria de nuestro futuro.

El “*Ministry of Christian Information*” (Ministerio de Información Cristiana) (activo en Gran Bretaña), cuyo objetivo es brindar instrucción sobre la fe cristiana sobre una amplia variedad de temas, aborda este tema en un folleto titulado “*Life after Death*” (La vida después de la muerte). Aquí encontramos que se afirma que “Pablo describió la muerte como estar ‘*ausente del cuerpo y en casa con el Señor*’ (2 Corintios 5:6, 8), y ‘*partir para estar con Cristo*’ (Filipenses 1:23, 24). Al morir, el espíritu es inmediatamente revestido hasta la resurrección con un cuerpo temporal... Al morir, el cuerpo natural es puesto en la tumba, donde vuelve al polvo y permanece hasta la resurrección, cuando resucita ‘un cuerpo espiritual’”.

Un rápido vistazo a los versículos ofrecidos como textos de prueba bien podría satisfacer al investigador, siempre y cuando no se planteen una o dos preguntas: ¿Por qué el enorme énfasis a lo largo del Nuevo Testamento en la resurrección al regreso de Cristo, si en ¿De hecho el verdadero momento de gloria se alcanza con la muerte? Si la resurrección ha de ser genuinamente una resurrección “de entre los muertos” (como la describe el Nuevo Testamento), ¿cómo puede ser también, según el esquema popular, la concesión de cuerpos espirituales a espíritus difuntos que ya están vivos? ¿Sería esto realmente una resurrección? La idea tradicional se vuelve aún más desconcertante cuando vemos que el verbo del Nuevo Testamento que describe el acto de resucitar a los muertos es la palabra común para “despertar del sueño”. ¿Qué posible sentido puede tener el “despertar” de espíritus ya plenamente conscientes y en posesión de la visión beatífica?

I. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

El hecho es que el feligrese promedio no le ha prestado mucha atención al asunto. Se supone que los expertos deben saber de qué están hablando. La idea tradicional es, pues, adoptada incondicionalmente; deben encontrarse formas de cuadrarlo con el Nuevo Testamento. Al parecer, la tarea se realiza con facilidad, como lo demuestra el Ministerio de Información Cristiana. Pero la pregunta persistente sigue siendo: ¿Qué sentido puede tener un “despertar” (es decir, una resurrección) de los espíritus vivos de los difuntos? Y hay otras dificultades, entre ellas la sorprendente falta de pasajes en el Nuevo Testamento que describan cualquier estado de conciencia actual de los muertos. Porque si bien el Nuevo Testamento afirma claramente que Jesús “pasó a los cielos” (Hebreos 4:14), tal descripción no se aplica a otros que han muerto. A estos últimos se les representa constantemente como dormidos y permaneciendo dormidos hasta la resurrección; y la resurrección se sitúa invariablemente en el futuro, en el regreso de Cristo. No cabe duda de que lo que el Apóstol esperaba alcanzar era la resurrección de los muertos, coincidiendo con la reaparición de Jesús al final de los tiempos:

“... si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos ... pero una cosa hago ... prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús ... Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya ...” (Filipenses 3:11, 13, 14, 20, 21).

Este pasaje contiene los tres elementos indispensables de la visión escatológica de Pablo: resurrección, segunda venida (“el Señor del cielo”) y cambio de estado de mortal a inmortal. En total acuerdo con los versículos citados, la gran exposición de la resurrección en *1 Corintios 15* sitúa el despertar de los muertos en Cristo en la Segunda Venida y equipara este evento con el momento en que la mortalidad se cambia por la inmortalidad:

“en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida ... Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción ... así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial ... la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción ... No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad ... entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:22, 23, 42, 49, 50-54).

¿Cómo, estamos obligados a preguntarnos, puede conciliarse este pasaje con el concepto popular de que los difuntos *ya están* en posesión de la inmortalidad? ¿No se dice claramente que la *resurrección* confiere inmortalidad? Y la resurrección se sitúa indiscutiblemente “en Su Venida”, “en la última trompeta”. Es entonces cuando los muertos serán “resucitados”, es decir, “despertados”, “vivificados”. ¿No está claro, más allá de toda duda, que los muertos deben permanecer en la tumba hasta que sean “resucitados” de ella? No hay ninguna sugerencia aquí de que la resurrección signifique la reunión de un espíritu *ya* consciente con su cuerpo. Nos enfrentamos a una contradicción irreconciliable, si los muertos ya han vuelto a la vida. Porque se declara muy específicamente que *serán vivificados “en Su Venida” (versículo 23)*.

En *1 Tesalonicenses 4*, había surgido en la mente de los creyentes la pregunta de cuál sería el destino de aquellos cristianos que habían muerto antes del esperado regreso de Jesús. Ahora bien, Pablo podría haber eliminado tan fácilmente toda ansiedad al señalar que los muertos “en Cristo” ya estaban felices con Cristo, después de haber superado la tumba en el momento de la muerte y haber pasado a su recompensa en el cielo. Es bien sabido que no dice nada parecido; más bien refuerza la certeza de que en la venida de Jesús, los muertos en Cristo, los “dormidos” (versículo 14), serán resucitados y unidos con los que sobrevivan hasta el gran día. El antídoto a la desesperación era la perspectiva de la resurrección en el futuro regreso de Cristo, no la conciencia de los muertos en otro lugar, de cuyo “estado intermedio” Pablo no dice ni una palabra. Es sólo *a través de la resurrección* que los muertos alcanzan la meta de estar “*con el Señor*” (*1 Tesalonicenses 4:17*).

Es tal nuestra renuencia por cuestionar el esquema aceptado que no hemos tomado en serio los comentarios de los eruditos del Nuevo Testamento quienes, aunque no estén interesados en lo que elegimos creer, dejan bastante claro que los escritores del Nuevo Testamento depositaron toda su esperanza en sobre la Segunda Venida y la resurrección que ocurrirá en ese momento, y no antes. La pregunta importante es si no hemos tratado de “acelerarnos” al atribuir inmortalidad a los espíritus difuntos aparte de la resurrección. Para hacer esto debemos comenzar con la suposición de un estado de conciencia intermedio para los muertos entre la muerte y la resurrección, y luego “encontrarlo” en el Nuevo Testamento. Un método más científico sería comenzar con una mente abierta y probar la hipótesis recibida con las Escrituras. El propósito de este artículo es sugerir que dicho escrutinio mostrará que la enseñanza recibida es errónea. No puede reclamar una base en el cristianismo apostólico.

Hay dos pasajes en el Nuevo Testamento que se supone proporcionan evidencia sólida de la creencia de Pablo en que los difuntos estaban inmediatamente “con Cristo”. Pero antes de examinarlos, tomemos nota de las observaciones de *J.A.T. Robinson* sobre *1 Corintios 15* (citado

anteriormente), el capítulo de la resurrección. Sus observaciones sugieren que ha habido algún “juego sucio” en este asunto de tratar de cuadrar nuestra creencia popular con las enseñanzas de Pablo. Este hecho debería despertar nuestras sospechas, porque está claro que, si la opinión popular no concuerda con las Escrituras, deberíamos esperar precisamente esa evidencia de un manejo injusto del Nuevo Testamento. *J.A.T. Robinson* dice:

La lectura de 1 Corintios en los funerales *refuerza la impresión* de que este capítulo trata sobre el momento de la muerte; de hecho, gira en torno a dos puntos: el tercer día (la resurrección de Cristo) y *el último día...* La era moderna trata de aplicar el lenguaje de Pablo a una sola resurrección que se considera *inmediatamente después de la muerte*. [1]

Estos hechos son suficientes para demostrar que a este pasaje central no se le ha dado el sentido apropiado; se ha visto obligada a prestar apoyo a una idea desconocida para Pablo.

Hay evidencia de un mal manejo similar en otra sección de las Escrituras que normalmente se cita en apoyo de la opinión popular. *J.A.T. Robinson* tiene esto que decir:

Es a 2 *Corintios 5:1-8* a donde la visión moderna, si es que se refiere a las Escrituras, apela: “Preferimos estar en casa con el Señor”. Esto se interpreta comúnmente en el sentido de que, *en clara oposición a 1 Corintios 15*, nuestro cuerpo espiritual está esperando que nos revestimos en el momento de la muerte. [2]

En otra parte Robinson habla de la

notable transformación que sobrevino a la escatología cristiana casi tan pronto como se secó la tinta del Nuevo Testamento. Y afecta al centro de interés o punto central de todo el tema. El interés del hombre moderno en la escatología cristiana se centra en el hecho y el momento de la muerte... Pero sorprende darse cuenta de *cuán extraña es esta perspectiva que damos por sentada* a todo el cuadro del Nuevo Testamento en el que *supuestamente se basa* el cristianismo. Porque en el Nuevo Testamento el punto en torno al cual giran la esperanza y el interés no es en absoluto el momento de la muerte, sino el día de la aparición de Cristo en la gloria de Su Reino. [3]

Este análisis realizado por un destacado estudioso del Nuevo Testamento nos proporciona la clave necesaria para desentrañar la desconcertante discrepancia entre los hechos reales del Nuevo Testamento con respecto a la vida después de la muerte y el pensamiento tradicional sobre este tema. La verdad es que nuestro esquema representa una “transformación notable” del plan del Nuevo Testamento. Nuestro punto de vista es bastante “ajeno” al Nuevo Testamento en el que “supuestamente se basa” el cristianismo. El único camino prudente es afrontar el desagradable hecho de que la fe cristiana ha experimentado un cambio radical. Parece que las enseñanzas de los apóstoles han sido mal manejadas en un esfuerzo por justificar una visión de la escatología desconocida para los escritores del Nuevo Testamento. El momento tan importante de la venida del Reino de Cristo a su regreso ha sido reemplazado en nuestro pensamiento por el momento de la muerte del individuo. Por lo tanto, nuestra comprensión de este asunto no es reconociblemente cristiana según los estándares del Nuevo Testamento y en una cuestión tan central para la fe. La historia muestra, sin embargo, que en lugar de admitir esto, persistimos en la ilusión de que se puede lograr un compromiso satisfactorio entre el cristianismo original y su desarrollo en un estado transformado. Aparentemente no estamos dispuestos a perturbar nuestra propia tradición, aunque deseamos disfrutar del consuelo de la creencia de que nuestra fe se basa en la enseñanza apostólica. Sin embargo, el compromiso sólo puede lograrse mediante un sutil cambio de lenguaje. Porque el Nuevo Testamento habla sólo de la resurrección de *los muertos*, que serán resucitados cuando

Cristo regrese. Hablamos – y los credos reflejan esto – de la resurrección del *cuerpo*, abriendo así el camino para la inserción de la creencia de que la persona consciente actual en forma de alma o espíritu incorpóreo [4] ya ha ido a su recompensa en el cielo, mientras su cuerpo solo espera la resurrección. Por lo tanto, intentamos reservar al menos algo de significado para la futura resurrección corporativa, tan claramente enseñada en el Nuevo Testamento, manteniendo que es *una resurrección de cuerpos únicamente, a diferencia de las personas reales*. La pregunta crucial es si el Nuevo Testamento apoya tal distinción entre el cuerpo y un “alma” o “espíritu” separable y plenamente consciente. El estudiante de historia sabrá que los hebreos no sabían nada de la doctrina de la “inmortalidad del alma” innata, que debe su origen a los griegos.

El resultado inevitable del nuevo “giro” que se le dio a la escatología es, por supuesto, desplazar el centro de interés de la futura resurrección al momento de la muerte y, en consecuencia – y esto es muy significativo – del gran acontecimiento que el Nuevo Testamento en todas partes asocia con la resurrección futura, la Segunda Venida y el establecimiento del Reino de Dios en la tierra. Está claro que lo que capta nuestro interés es lo que le sucede a la persona consciente después de la muerte, no lo que le sucede a su cuerpo. El sistema transformado, siguiendo el ejemplo de ideas platónicas ajenas, introdujo en la fe original el concepto extraño (para los hebreos) de la inmortalidad del alma. Entonces se dispuso de posibilidades para colocar al “alma del difunto” en una dicha consciente inmediatamente después de la muerte. Toda la idea de la resurrección en un momento posterior se vuelve entonces bastante secundaria, si no completamente innecesaria. No se podría haber dado un golpe más mortal a todo el esquema escatológico bíblico.

La tarea de intentar leer el sistema popular en los escritos del Nuevo Testamento implica un manejo cuestionable de los dos o tres pasajes que tienen más posibilidades de adaptarse a la creencia tradicional. Si estos versículos no pueden soportar el peso que se les impone, es posible que tengamos que admitir que lo que hemos estado creyendo no es fiel al Nuevo Testamento. Ante esta posibilidad, los estudiosos de la escuela “desmitificadora” afirman que un sistema escatológico es tan bueno como otro. Todos son “mitos”, y ya sea que se encuentren dentro o fuera del Nuevo Testamento, no ofrecen ninguna declaración divinamente autorizada sobre lo que realmente nos sucede después de la muerte. Sin embargo, para aquellos que están convencidos de que la visión de Pablo debe su origen (como él mismo afirma) al Espíritu de Jesús, tal escape al agnosticismo no es nada satisfactorio; y en ese punto no nos queda más remedio que abandonar el punto de vista tradicional en favor de la enseñanza original preservada en el Nuevo Testamento. La historia de la Iglesia muestra que ha habido una minoría seria de muchas tendencias denominacionales que han seguido este camino, mientras que la corriente principal ha persistido en sus tradiciones. [5] Cada creyente individual enfrenta el desafío de elegir la fe apostólica sobre las tradiciones posteriores.

II. *FILIPENSES 1:23 y 2 CORINTIOS 5:8*

La justificación de la opinión casi universal de que el cristianismo enseña que los muertos están conscientes con Dios en el momento de la muerte se basa comúnmente en *Filipenses 1:23*. Aquí Pablo se encuentra dividido entre el deseo de permanecer con los creyentes y su anhelo de “*partir y estar con el Señor*”. La corroboración de esto se busca en *2 Corintios 5*. Allí Pablo expresa el deseo de estar “*ausente del cuerpo y presente con el Señor*” (*2 Corintios 5:8*). Aislados de su contexto inmediato y del contexto más amplio tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento en su conjunto, no hay duda de que estos versículos pueden reforzar la visión popular. Una mirada

más cercana mostrará en qué terreno inestable se apoya todo el intento. Es innegable, como hemos visto, que el Nuevo Testamento tiende en todas partes hacia la Segunda Venida de Cristo y la resurrección de los fieles, que se sitúa consistentemente en ese Gran Día, como la resurrección colectiva de todos los santos. Pablo tiene un sistema de resurrección preciso y simple: “*En Cristo todos serán vivificados... los que serán de Cristo en su venida*” (1 Corintios 15:22, 23). En 1 Tesalonicenses 4, ofrece consuelo a los creyentes en relación con aquellos cristianos que se dice que están “durmiendo”, un término extraordinario para usar si pensaba que ya estaban plenamente conscientes en la bienaventuranza con el Señor. No hay necesidad de que los cristianos sobrevivientes se lamenten, porque todos se reunirán en la resurrección futura. En una situación similar hoy en día, la Iglesia probablemente se consolaría con afirmaciones de que los muertos ya estaban vivos con Dios. El hecho de que Pablo no diga nada parecido demuestra el abismo entre los dos sistemas. Para el feligrés contemporáneo, la resurrección futura puede ser, en el mejor de los casos, sólo una ocurrencia tardía, puesto que todo lo realmente decisivo, según él, ya tuvo lugar en el momento de la muerte.

¿Qué pasa entonces con la declaración de Pablo en Filipenses 1:23 acerca de partir para estar con Cristo? Si este único versículo se lee sin referencia a 1 Corintios 15; 1 Tesalonicenses 4, y sus comentarios posteriores en la misma carta (Filipenses 3:11-21), sería posible tener la impresión de que Pablo esperaba estar con Cristo inmediatamente después de su muerte. Pero esto sería contradecir todo su pensamiento, como lo encontramos explicado, mucho más completamente, en los otros pasajes. Afortunadamente, lo que Pablo realmente buscaba se aclara más adelante en la misma epístola: “... Si en algún modo pudiera alcanzar la resurrección... Esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo [del cielo], quien nos transformará. nuestro vil cuerpo, para que sea modelado a semejanza de su cuerpo glorioso” (Filipenses 3:11, 20). Está fuera de toda duda que él ve como su objetivo el logro de la resurrección al regreso de Cristo. Por lo tanto, sería injusto leer sus comentarios acerca de partir para estar con Cristo como relacionados con una aspiración muy diferente, una que no involucra la resurrección y, por lo tanto, muy distinta de su deseo para el Último Día. La creencia popular implica que un cristiano puede estar vivo con Cristo, sin tener en cuenta la resurrección. Esto significará que la muerte no es muerte en ningún sentido real, sino la continuación de la vida en otro reino. Esto socava gravemente el concepto de resurrección como un verdadero regreso *de entre los muertos*. Por lo tanto, Pablo debe implicar una partida para estar con Cristo a través de la muerte y la posterior resurrección. La secuencia exacta del tiempo no se detalla en este único versículo; debe provenir del relato más completo que da en otra parte. Pablo pasa por alto el intervalo entre la muerte y la resurrección.

Si ahora consideramos su declaración acerca de estar “ausentes del cuerpo y presentes con el Señor”, encontraremos que también se ubica en un contexto que, debido a su sorprendente similitud con 1 Corintios 15 (escrito sólo un año antes), debe referirse también a la resurrección futura, no a un estado intermedio que sigue inmediatamente a la muerte. Esto se puede ver claramente en la declaración general con la que Pablo introduce su relato de la esperanza cristiana de alcanzar un “cuerpo espiritual”: “... sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros ... Por tanto, no desmayamos” (2 Corintios 4:14, 16). Estos comentarios deberían advertirnos que no intentemos leer en el siguiente relato de Pablo ideas sobre un estado futuro divorciado de la resurrección. Hay tres puntos claros de contacto entre 2 Corintios 5 y 1 Corintios 15, y cuando se señalan, será imposible sostener que Pablo está tratando con dos “*termini*” diferentes. El primer rasgo común a ambos pasajes es la noción de estar “revestidos de inmortalidad”: “Y por esto también gemimos,

deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial... porque no quisiéramos ser desnudados (es decir, incorpóreo), sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Corintios 5:2, 4). Exactamente el mismo punto se hace en 1 Corintios 15: “Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción ... entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:53, 54).

En segundo lugar, ambos pasajes tienen en común la aparición del Señor, o la salvación del cielo:

Segunda Corintios 5:2: “*deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial*”.

Primera de Corintios 15:47: “*el segundo hombre, que es el Señor, [que llega] es del cielo*”.

Primera de Corintios 15:23: “*los que son de Cristo, [resucitarán] en Su Venida*”.

La tercera idea unificadora es la referencia de Pablo a que la mortalidad es reemplazada por la inmortalidad:

Segunda de Corintios 5:4: “*Sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida*”.

1 Corintios 15:54: “*y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria*”.

Estos puntos de contacto seguramente descartan cualquier posibilidad de que Pablo tenga dos acontecimientos completamente diferentes en mente, sobre todo en vista del hecho de que está escribiendo a las mismas personas y en un corto espacio de tiempo. Tomar 2 Corintios 5 como referencia al momento de la muerte, en el sentido de que cada individuo recibe la inmortalidad independientemente al morir es, como J.A.T. Robinson dice leer el pasaje “en clara oposición a 1 Corintios 15”. [6] Seguramente ha llegado el momento de dejar de hacer que Pablo se contradiga y de reconocer la notable coherencia que se extiende a todos sus escritos sobre esta cuestión central de la vida después de la muerte.

Podemos demostrar nuestro punto más plenamente recopilando cinco pasajes relevantes en una versión compuesta. Quedará claro que Pablo buscaba un único objetivo, el de la resurrección de todos los fieles en la Venida de Cristo. Sólo ese momento es decisivo para todos los escritores del Nuevo Testamento. A Pablo se le puede permitir hablar por sí mismo de la siguiente manera (las **negritas** llaman la atención sobre la unidad de su pensamiento). La base de la esperanza de Pablo para el futuro se establece en 2 Corintios 4:13-5:2:

Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé,(B) nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros ... Por tanto, no desmayamos... no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas [por venir]. [7] Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, [próxima], en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial (2 Corintios 5:2, 3). Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo (Filipenses 3:20). el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo (1 Corintios 15:47). nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo ... las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de

*manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la **manifestación** de los hijos de Dios (Romanos 8:18, 19, 23). si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados (Romanos 8:17). Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis **manifestados** con él en gloria (Colosenses 3:4). pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos ... porque no quisiéramos ser desnudados, sino **revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida** (2 Corintios 5:3, 4). No todos dormiremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta (1 Corintios 15:51). En Cristo todos serán vivificados ... luego los que son de Cristo, en su venida (1 Corintios 15:23). porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y **esto mortal se vista de inmortalidad** (1 Corintios 15:52-54). Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor ... pero confiamos ... y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y **presentes al Señor** (2 Corintios 5:6-8) ... para morir y para vivir juntamente (2 Corintios 7:3). Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así **estaremos siempre con el Señor** (1 Tesalonicenses 4:16, 17). Tengo deseo de partir y estar con Cristo (Filipenses 1:23). si en alguna manera llegase a **la resurrección de entre los muertos** (Filipenses 3:11).*

III. UN REGRESO AL ESQUEMA DEL NUEVO TESTAMENTO

La restauración del esquema bíblico resolverá las tensiones injustificadas que han sido creadas por nuestros esfuerzos por superponer la creencia tradicional a las Escrituras. En primer lugar, la resurrección significará una transición real de los muertos de la muerte a la vida, y ese gran acontecimiento futuro recuperará su posición central en el pensamiento cristiano. En segundo lugar, el individuo será concebido como una unidad indivisible, no como un alma privada de su cuerpo al morir. De esta manera, la confusión introducida por las nociones griegas del alma que parte puede ser eliminada de la perspectiva cristiana contemporánea. En tercer lugar, se restablecerá la intensidad del entusiasmo por el regreso de Cristo, compartido por todos los escritores del Nuevo Testamento. El énfasis tradicional en el momento de la muerte, que tiene poca importancia para los escritores del Nuevo Testamento, ha disipado con gran éxito esa intensidad de expectativa, de modo que la visión cristiana del futuro es prácticamente desconocida en muchos círculos eclesiásticos. Finalmente, no habrá necesidad de torcer versículos aislados del Nuevo Testamento para hacerlos conformes a una tradición no bíblica.

Si se concede que el simple esquema de “sueño” seguido por “despertar” en la resurrección, como se describió anteriormente, explica de manera más satisfactoria los datos bíblicos (además de estar respaldado por la evidencia de la historia de la iglesia primitiva), es justo Pregunte por qué *Filipenses 1:23*, tomado solo, parece brindar algún apoyo a la noción de una presencia inmediata con Cristo. El problema se resuelve fácilmente si se comprende que para quienes se quedan dormidos en la muerte, el paso del tiempo no tiene importancia alguna. El creyente que despierte en la resurrección no habrá sentido el intervalo entre la muerte y la resurrección. [8] Pero esto es muy diferente a decir que en realidad no transcurre ningún tiempo entre la muerte y la resurrección. El Nuevo Testamento está en todas partes comprometido con la creencia de que los acontecimientos escatológicos están firmemente arraigados en la historia futura, y que el tiempo continuará hasta (y después) el regreso de Cristo y la resurrección de los fieles. La tendencia actual

a eliminar todos los grandes acontecimientos del cristianismo de la esfera de la historia real está causando estragos en la fe original de los apóstoles. Por lo tanto, hay aún más razones para proteger las simples enseñanzas escatológicas del Nuevo Testamento contra toda desmitificación.

IV. TESTIMONIO CORROBORADOR

En apoyo de nuestra tesis adjuntamos las siguientes observaciones de eruditos de la teología bíblica.

Los escritores de la Biblia, aferrándose a la convicción de que el orden creado debe su existencia a la sabiduría y al amor de Dios y, por tanto, es esencialmente bueno, no podían concebir la vida después de la muerte como una existencia incorpórea (“*No seremos hallados desnudos*” – *2 Corintios 5:3*), sino como una renovación bajo nuevas condiciones de la unidad íntima de cuerpo y alma que era la vida humana tal como la conocían. Por lo tanto, se pensaba que la muerte era *la muerte de todo el hombre*, y frases como “*libertad de la muerte*”, *imperecedero* o *inmortalidad* sólo podían usarse apropiadamente para describir lo que significa la frase Dios eterno o vivo “*el único que tiene inmortalidad*” (*1 Timoteo 6:16*). El hombre no posee dentro de sí la cualidad de la inmortalidad, pero debe, si quiere vencer el poder destructivo de la muerte, recibirlo como el don de Dios “*quien levantó a Cristo de entre los muertos*”, y dejar la muerte a un lado como un manto que lo cubre (*1 Corintios 15:53, 54*). Es a través de la muerte y resurrección de Jesucristo que esta posibilidad para el hombre (*2 Timoteo 1:10*) ha cobrado vida y se ha confirmado la esperanza de que la corrupción (*Romanos 11:7*), que es una característica universal de la vida humana, será superada efectivamente. [9]

La esperanza de la iglesia primitiva se centraba en la resurrección del Día Postrero. Es ésta la que *primero* llama a los muertos a la vida eterna (*1 Corintios 15, Philipenses 3:20* y sigs.). Esta resurrección *le sucede al hombre y no sólo al cuerpo*. Pablo habla de la resurrección no “de la carne” sino “de los muertos”. Esta comprensión de la resurrección entiende implícitamente que *la muerte afecta también a todo el hombre ... Así, los conceptos bíblicos originales han sido reemplazados por ideas del dualismo gnóstico helenístico*. La idea neotestamentaria de la resurrección que afecta a *todo el hombre* ha tenido que dar paso a la inmortalidad del alma. El último día también pierde su significado, porque mucho antes las almas recibieron todo lo que es decisivamente importante. La tensión escatológica ya no está fuertemente dirigida al día de la Venida de Jesús. *La diferencia entre esto y la esperanza del Nuevo Testamento es muy grande*. [10]

Lo más parecido en nuestra experiencia ordinaria a la idea judía y cristiana primitiva de la muerte y la resurrección es quedarse dormido y despertar; y es un hecho muy significativo que la primera referencia inequívoca a la resurrección de los muertos en el Antiguo Testamento se hace en términos de dormir y despertar: “*Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, algunos para vida eterna, y otros para vergüenza y desprecio eterno*”. E igualmente, cuando no hay expectativa de una resurrección, la manera natural de expresarla es en términos de un sueño del que no hay despertar: “*El hombre se acuesta y no se levanta; hasta que los cielos no existan, no despertarán ni se levantarán*”. despertaron de su sueño”.

Ahora bien, una de las maravillas permanentes de la vida es precisamente el hecho de que, cuando salgo de mi olvido cualquier buena mañana, inmediatamente me doy cuenta de que soy la misma persona que vivió ayer en mi casa y que se fue a dormir allí anoche. La tarea que dejé sin terminar ayer sigue ahí, sigue siendo mi tarea y puedo continuarla donde la dejé. Los planes que estaba haciendo ayer todavía están esperando una mayor consideración y elaboración. Esta continuidad de la personalidad y la vida es una gran maravilla; y es sólo una

excesiva familiaridad con él lo que nos oculta su maravilla. Cuando tratamos de pensar en la muerte y la resurrección, como las pensaban los primeros cristianos, no podemos hacer nada mejor que pensar en términos de dormir y despertar. [11]

Es importante que entendamos claramente lo que los cristianos quieren decir con la resurrección de los muertos. No nos referimos a la mera supervivencia del alma. Ésa es una noción pagana, y la Biblia prácticamente no tiene nada que decir sobre las almas de los hombres aparte de sus cuerpos. [12]

La doctrina cristiana de la vida después de la muerte... es una doctrina de la resurrección. En la resurrección, el hombre recupera la vida que había perdido. Él surge de la nada... La muerte para un cristiano no significa un cambio de un modo de ser a otro sino la destrucción misma de la vida, la deriva del ser hacia el no ser. Todos los pensadores del cristianismo han intentado evadir esta noción de la muerte como destrucción total de la vida. Cuando lo logran, la noción de resurrección significa casi nada. [13]

Los hombres han especulado así: en la muerte, el alma se separa del cuerpo. Aparece entonces ante Dios en un juicio preliminar (no mencionado en ninguna parte de las Escrituras) y entra en un estado preliminar ya sea de bendición o de condenación. Luego, cuando suena la última trompeta, el cuerpo resucita y se reúne con el alma, y completos una vez más, el cuerpo y el alma reunidos aparecen para la escena final del juicio público, para desde allí entrar ya sea en la bienaventuranza final o en la condenación final. *No es de extrañar que, desde este punto de vista, los hombres hayan tenido poco uso de la resurrección y finalmente hayan abandonado la noción por completo y se hayan satisfecho con la redención sólo del alma.*

Morir significa entonces pasar a la resurrección y al juicio *al final de los tiempos*. [14] Incluso si alguien dijera que todos los hombres duermen hasta que suene la trompeta final, ¿cuál es el paso del tiempo para los que duermen? *La transición del momento de la muerte a la resurrección seguiría siendo instantánea para ellos.* No sería diferente de acostarse por la noche y despertarse por la mañana. [15]

Por extraño que esto suene a algunos oídos, la Biblia no sabe nada de la inmortalidad del alma separable del cuerpo. Sólo conoce una resurrección del hombre total de entre los muertos.

El hombre en la Biblia es una unidad psicosomática, y como tal pasa de la muerte a la resurrección y del juicio al cumplimiento, de la fe, a través de la muerte y la resurrección, a la vida. Esto hace que todas las especulaciones sobre el lugar de los espíritus difuntos sean absolutamente inútiles. [16]

El hecho de que el cristianismo posterior estableciera un vínculo entre ambas creencias [la expectativa cristiana de la resurrección de los muertos y la creencia griega en la inmortalidad del alma] y que hoy el cristiano corriente simplemente las confunda, no me ha persuadido a guardar silencio. sobre lo que yo, al igual que la mayoría de los exégetas, considero verdad; y tanto más cuanto que el vínculo que se establece entre la expectativa de la “resurrección de los muertos” y la creencia en “la inmortalidad del alma” no es en realidad un vínculo sino la renuncia de una en favor de la otra. *1 Corintios 15* ha sido sacrificado por el e “*Phaedo*”. No sirve de nada ocultar este hecho, como se hace a menudo hoy en día cuando cosas que son realmente incompatibles se combinan con el siguiente tipo de razonamiento demasiado simplificado: que todo lo que en las primeras enseñanzas cristianas nos parece irreconciliable con la inmortalidad del alma, verbigracia. la resurrección del cuerpo no es una afirmación esencial para los primeros cristianos sino simplemente una acomodación a las expresiones mitológicas del pensamiento de su época, y en el centro de la cuestión está la inmortalidad del alma. Por el contrario, debemos reconocer lealmente que precisamente aquellas cosas que

distinguen la enseñanza cristiana de la creencia griega están en el corazón del cristianismo primitivo. [17]

Notas Finales

- [1] *"In the End God"* (Al Final Dios), Collins, Fontana Books, 1968, 105, *emphasis mine*.
- [2] *Ibid.*, 106.
- [3] *Ibid.*, 42, *énfasis mía*.
- [4] El Ministerio de Información Cristiana intenta evitar la noción de desencarnación en el estado intermedio postulando la idea (no bíblica) de un "cuerpo temporal".
- [5] La historia de la "*Conditional Immortality*" (Inmortalidad Condicional) Está admirablemente documentado por L.E. Froom, "*The Conditionalist Faith of Our Fathers*" (La Fe Condicionista de Nuestros Padres), Washington, D.C.: Reseña y Herald, 1965. Un estudio reciente sobre el tema aparece en "*Daring to Differ Adventures*" (Atreverse a Diferir, Aventuras), En "*Conditional Immortality*" (Inmortalidad Condicional), por Sidney Hatch, Brief Bible Studies, 1991.
- [6] *"In the End God"* (Al Final Dios), 106.
- [7] El adjetivo "*aionios*" es utilizado por los escritores del Nuevo Testamento como un término técnico para describir las realidades de la era mesiánica venidera. Compárese, Nigel Turner, "*Christian Words*" (Palabras Cristianas), T & T Clark, 1980, 455-457.
- [8] Consulte, F.F. Bruce en "*Paul: Apostle of the Heart Set Free*" (Pablo: Apóstol del corazón liberado), Eerdmans, 1977, 312, n. 40: "La tensión creada por el intervalo postulado entre la muerte y la resurrección podría aliviarse hoy si se sugiriera que en la conciencia del creyente difunto no hay intervalo entre la disolución y la investidura, por más largo que pueda ser medido por el calendario de historia humana terrestre". Esto es exactamente lo que siempre han propuesto los creyentes en la inmortalidad condicional.
- [9] Alan Richardson, ed., "*A Theological Wordbook of the New Testament*" (Un Manual Teológico del Nuevo Testamento), London: SCM Press, 111, 112, Énfasis añadido.
- [10] Paul Althaus, "*The Theology of Martin Luther*" (La Teología de Martín Lutero), 413, 414, Énfasis añadido.
- [11] T.W. Manson, "*The Servant-Messiah*" (El Mesías Siervo), Cambridge: University Press, 1953, 90 y sigs.
- [12] H.M. Cundy, citado de correspondencia in Froom, "*The Conditionalist Faith of Our Fathers*" (La Fe Condicionista de Nuestros Padres), Vol. 2, 821
- [13] Seiichi Hatano, citado por C. Michalson, "*Japanese Contributions to Christian Theology*" (Aportaciones japonesas a la teología cristiana), Philadelphia: Westminster Press, 1960, 123.
- [14] De hecho, el Nuevo Testamento no espera que el tiempo termine con la resurrección. Espera la nueva era del Reino de Dios en la tierra..
- [15] M.J. Heineken, "Basic Christian Teachings" (Enseñanzas Cristianas Básicas), Philadelphia: The Muhlenberg Press, 1949, 135, 136.
- [16] M.J. Heineken, "*God in the Space Age*" (Dios En La Era Espacial), The John C. Winston Co., 1959, 113.
- [17] Oscar Cullmann, "*Immortality of the Soul or Resurrection of the Dead?*" (¿Inmortalidad Del Alma O Resurrección De Los Muertos?) London: The Epworth Press, 1958, 5-6.